

compromiso y sinceridad. Además, es muy apreciable el contraste que se establece entre su carácter plácido e irónico y el universo terrible y oscuro que describen sus obras. Todo ello asegura que la observación que Ayala realiza de la España contemporánea en sus memorias sea penetrante y compleja, servida con una prosa generosa, fluida y amena; bajo un punto de vista sagaz y poco complaciente. Esto propicia que cobren sentido episodios que, mirados desde dentro, son mostrados con perfiles muy diferentes a los que sus huellas externas revelan.

Algún sector de la crítica literaria ha afirmado que Francisco Ayala ha sido valorado en exceso por su cualidad de postrero superviviente de la brillante generación de intelectuales que despuntaron en España a mediados del siglo XX. También, desde el punto de vista político, por su condición de último ilustre exiliado. En su ciudad natal, Granada, no ha resistido la competencia de García Lorca en cuanto a reconocimiento, aunque lo tenga (recibió la Medalla de Oro de la Ciudad). España lo propuso, infructuosamente, como candidato al Premio Nobel de literatura en diez ocasiones (compensado por sus premios Cervantes en 1991 y Príncipe de Asturias en 1998). Es decir, que entre las luces también existen sombras alrededor del escritor. Sin embargo, su obra lo avala, y la simpatía, sencillez e inteligencia del personaje consolidan su posición de agudo escritor y válido testigo de su tiempo.

Los últimos años de su vida revelaron que no era un literato al uso, al que parecía que hubiera que rendirle homenaje tan sólo por lo avanzado de su edad. Ayala, al contrario que la mayoría de los autores longevos de su generación, escribía a ordenador. Asimismo había creado su perfil en *Facebook* y, lejos de distanciarse de su entorno, daba su opinión, sin divismos ni falsas modestias, acerca de política, economía, cultura y de todo aquello de lo que se le preguntara, siempre, eso sí, sorprendido del interés despertado a su alrededor. Es decir, era un joven centenario.

Su larga carrera literaria comenzó en 1925, cuando publica su primera novela: *Tragicomedia de un hombre sin espíritu*. Dos años más tarde se sumó a la renovación vanguardista, momento a partir del cual escribiría para *La Gaceta Literaria* y la *Revista de Occidente*. Una de sus obras más importantes del período fue *El boxeador y un ángel* (1929). Tras el conflicto bélico, ya en el exilio, Ayala se

mostró más reflexivo e irónico, como puede observarse en *El hechizado* (1944). Asimismo, comienza a escribir sobre la guerra civil en obras como *La cabeza del cordero* (1945), o acerca de la dictadura franquista en *Muertes de perro* (1958).

Muchos estudiosos coinciden en afirmar que su obra maestra fue *El jardín de las delicias* (1971), en cierto modo también un libro de memorias, ya que se recogen vivencias que, en palabras del autor, son combinadas como “los trozos de un espejo roto” sobre los que, al asomarse, “pese a su diversidad, me echan en cara una imagen única, donde no puedo dejar de reconocerme: es la mía”. Su lectura es, pues, recomendable para completar la del libro que se está reseñando.

Polifacético, inquieto intelectualmente y muy activo, Ayala también dedicó esfuerzos a otros géneros. Como ensayista abarcó todos los temas, desde los puramente políticos hasta los musicales, los cinematográficos o, naturalmente, los literarios. También ejerció como traductor, tratando con sumo cuidado el traslado al castellano de Thomas Mann, Alberto Moravia o Anton Zweig.

Su gran capacidad narrativa, su estilo ambiguo, sarcástico y desencantado, que es capaz de convertir lo difícil en fácil, su inteligencia e ironía hacen, desde luego, muy recomendable este *Recuerdos y olvidos*, y no sólo para el estudioso de la literatura sino para el investigador de los períodos más recientes de la historia. Francisco Ayala fue un hábil diseccionador de la condición humana, comprometido con la sociedad de su tiempo y muy crítico ante los acontecimientos vividos. Por ello, sus memorias constituyen una buena forma de adentrarse en los secretos que esconde el siglo XX.

**Beltran, Alain; Chauveau, Sophie et Galvez-Behar, Gabriel, *Des brevets et des marques: une histoire de la propriété industrielle*. París, Fayard, 2001, 309 pp.**

Por José-Modesto Diago Ortega  
(Universidad de Cádiz)

Hoy día estamos inmersos en una crisis económica global que, en mayor o menor medida, todos padecemos. Aunque el fondo de la cuestión es complejo y existen muchos actores internacionales implicados, podemos

convenir que algunos países han hecho frente a estas dificultades mejor que otros. Nuestro caso, España, ha resultado ser uno de los que peor se ha adaptado a una coyuntura adversa que, entre otras ‘malas elecciones’, no corrigió la deriva que se estaba produciendo hacia una ‘golosa’, aunque ‘perversa’ especulación (inmobiliaria). Otras naciones tienen un sistema mixto que no ha alimentado tanto esa atractiva burbuja y, afortunadamente, invirtieron también en lo que, grosso modo, solemos llamar ‘capitales intangibles’. Estos últimos son más resistentes a las fluctuaciones de mercado y aunque quizá requieran más tiempo, esfuerzo e investigación que los otros, son unos resistentes y excelentes vectores de crecimiento.

El presente libro que vamos a reseñar puede darnos alguna de las claves para comprobar que parte de ese desarrollo sostenible que queremos reside en el tratamiento de los valores intelectuales e industriales. Una de las formas más interesantes de esas cristalizaciones cognitivas han sido y siguen siendo los documentos de patente, llamados brevets en voz francesa. Como todos conocemos, estas propuestas aúnan y combinan la protección legal sobre el conocimiento o aplicación del objeto, con su difusión al resto de la comunidad. Sin lugar a dudas, este contrato donde suelen intervenir intereses de rentabilidad no está exento de dificultades y tensiones procedimentales, máxime en una época como la actual en la que, por ejemplo, se tratan algunos asuntos espinosos como la patentabilidad de lo viviente o los programas informáticos. No obstante y para llegar a este punto, debemos leernos antes los ocho primeros capítulos que conforman una contextualización histórica que, aunque con acento francés, toca otras variantes diatópicas.

En estas primeras doscientas páginas creemos que el lector va a disfrutar conociendo y comprendiendo cómo se fue codificando el conocimiento técnico a lo largo de los años. El control sobre la información fue una cuestión de máximo interés para los dirigentes de todos los tiempos que hicieron que el espionaje no sólo militar, sino también técnico e ‘industrial’, fueran tónicas habituales. Otro asunto interesante de estos primeros contenidos es el tratamiento hacia las corporaciones y gremios de la Edad Media. Como es bien sabido, estas organizaciones estaban ‘enrocadas’ sobre ellas mismas y presionaron y pusieron en jaque a algunos gobiernos para conseguir privilegios y

excepciones por encima de la legislación común. Una vez alcanzado el siglo XIX, se abre una compleja vía negociadora que debe dar gusto a los que no quieren que se repita la corrupción y favoritismo en la economía y el comercio; y a aquellos que confían que sus invenciones sean protegidas por un sistema justo.

Quizá, los más temas más candentes de la actualidad con respecto al tema en cuestión están en la tercera y última parte del libro que conforma cuatro capítulos. En ellos también se debate el rol de las patentes y marcas como un instrumento de dominación económica y técnica. Además, no se oculta la complejidad de proteger y/o explotar la idea fuera del territorio nacional con doctrinas legales que suelen ser bastante densas. Por otro lado, se dedican varios párrafos al polémico asunto de la ‘piratería’, especialmente de artículos de consumo, que conforman parte de la economía (sumergida) de los países en vías de desarrollo.

En cualquier caso y como decíamos al principio, los autores apuntan que el sistema de patentes hace de blindaje ante las turbulencias del mercado. Según ellos, Alemania posee el 20% de las patentes depositadas en Europa –tres veces más que los franceses- y, aunque con matices y otras dudosas maniobras, está consiguiendo salir antes de la crisis.

No obstante, quizá el ejemplo máximo del sistema lo tienen los Estados Unidos en cuya Constitución venía explícito la preocupación de promover y proteger la invención y “las artes útiles”.

Este país no sólo es tan pujante por su tecnología, sino por el uso que hace de ella y de las herramientas que la sostienen desde el flanco estratégico y jurídico, lo cual y en muchas ocasiones, no deja de ser un procedimiento de fuerza e intimidatorio.

Recapitulando y aunque el libro es esencialmente divulgativo, no deja de tener algunas cargas de profundidad que nos hacen pensar en lo que hoy en día está ocurriendo a nuestro alrededor.

Por lo tanto y aunque lleva editado casi diez años, nos ha parecido interesante ‘rescatarlo’ para comprender e interpretar lo mejor posible el complejo e inestable escenario en el que se ha convertido parte de nuestra historia actual.